

El dibujo de mi papá

Ruy Guka

MARCO ENCONTRÓ CINCO ENCENDEDORES en el bolsillo de su pantalón. Los llevó a una caja debajo de su cama donde tenía decenas de ellos. La cerró y la puso donde estaba. Cansado, se quitó los zapatos, caminó torpemente hacia la puerta de su cuarto tropezándose con el borde. Llegó al baño y tomó el cepillo de dientes, se los lavó. Regresó a su cuarto y cerró la ventana.

Sonó el teléfono y contestó.

—Te he llamado todo el día. Hace media hora fue la última. Ya son las doce. ¿Todo bien?

Colgó. Volvió a sonar.

—¿Qué te pasa? Ah, se cortó. Quiero hablar contigo sobre un asunto importante. No, mañana te digo. A las nueve. Yo pago, no te preocupes

Colgaron. Marco puso el despertador a las ocho.

Se desvistió y se metió a la cama. Olvidó apagar la luz. Esperó un momento antes de salir de la cama y apagarla. En la pared colgaba un dibujo enmarcado. Lo había hecho él cuando era niño y su padre, el que le llamó por teléfono, lo enmarcó. Ahora lo tenía en su cuarto. Eran unos crayonazos sin forma alguna y abajo se leía con letras quebradas y desproporcionadas unas de las otras: “Mi papá”. Al detenerse en el dibujo notó por primera vez un rostro con ojos y todo. Era la cara actual de su padre, envejecido veinticinco años desde que lo hizo. También había algo así como sangre en vez de pelo. Se sacudió para distraerse de su imaginación y mejor pensó en el desorden que tenía en el escritorio frente a su cama.

Se levantó para presionar el apagador, que estaba al lado del escritorio, donde encontró otros dos encendedores,

escondidos debajo de unos papeles, que tomó y llevó a la caja. Ya no pudo cerrarla bien. Sacó uno de ellos y lo puso en el buró, junto a su cama. “Necesito otra caja”, pensó.

Decidió que iba a dormir con la luz prendida. Mantuvo los ojos abiertos en dirección al dibujo, donde empezó a notar de nuevo la misma imagen anterior, además de que esta vez la sangre logró escurrirse hasta manchar la pared. Bajó los párpados sobre los ojos irritados y se durmió.

Sonó el despertador, revisó el dibujo que amaneció normal, apagó la luz y de mal humor se dio un regaderazo. Salió del baño despabilado.

Llegó al restaurante donde acostumbraba verse con su padre.

Dieron las diez y no llegó. Se fue de ahí sin desayunar. No tenía dinero. En su casa tomó la caja de los encendedores y la vació en la colcha de su cama. En la cocinita comió cualquier cosa. Del closet sacó un cuadro con el marco salido. Unas tablitas dividían el cuadro en pequeños espacios como si fuera una casa de muñecas de pared. Tomó los encendedores y con silicón los pegó en diferentes lugares.

Antes de colocar el último encendedor sonó el teléfono. Contestó.

—¿Qué pasó? No llegaste a la cita

Marco quedó atónito. Pensó que su padre sacaría una carcajada como disculpa y luego reharía la cita para otro día, pero no.

—¡No te quedes callado, contéstame!

Colgó. Esperó un momento antes de que sonara el teléfono. Como no fue así regresó al cuadro, puso más

silicón, el que había puesto para el último encendedor se había secado, cuando sonó el teléfono otra vez. Contestó.

—Se cortó otra vez. Tienes que llamar a un técnico. La pinche compañía de teléfono cobra un chingo. Así que pide que te revisen la línea y el aparato. Mira, no importa. Paso por ti en la tarde y vamos a comer

Esta vez su padre fue el que colgó.

Tomó el silicón y puso más en el mismo lugar, lo dejó en el piso, moldeó un poco el pegamento y estuvo a punto de

dijo su cuate. Marco afirmó lentamente la cabeza. Su cuate se rió y siguieron en otras cosas.

Marco llegó a su casa. Encontró muñequitos de todo tipo en las bolsas de los pantalones y de su chaqueta. Las puso en la caja. Ordenó rápidamente el escritorio. Se quitó cansado los zapatos. Le puso pasta al cepillo de dientes y sonó el teléfono. Contestó.

—Óyeme, cabroncito. Te toqué el timbre y no apareciste. No podemos seguir así. Ahorita mismo voy para allá.



poner el encendedor cuando escuchó el timbre del teléfono. Contestó.

—Mejor nos vemos en la novecita, acaba de salirme algo. Y cenamos. ¿Orale? Bueno, adiós.

Colgaron. Colocó más silicón. Le gustó que quedara un cerro transparente y por fin pudo poner el último encendedor.

El dibujo de su cuarto seguía ahí. Eran los crayonazos originales.

Durante la tarde escuchó algo de música. Se preparó una pasta sencilla y ensalada de pepino. Abrió un poco la ventana de su cuarto y se acostó en la cama.

A las nueve no había llegado su padre. Salió a visitar a algunos amigos. Casi no hablaba y sus amigos lo recibían gustosos. Él los escuchaba. Tomó algunas cervezas y le dijo a uno de sus cuates que estaba cansado de su padre y platicó lo de las llamadas que eran interrupciones desgastantes que no llevaban a nada. A la chingada con tu padre, güey, le

—¡No, estoy cansado!

Su padre no lo escuchó, ya había colgado.

Se escuchó el timbre de la puerta. Abrió. Marco tenía los ojos rojos y con ojeras. Su padre entró. Comenzó a quejarse e insultar pateando cualquier cosa que se encontraba en el piso. Marco lo veía apesadumbrado. La pared alrededor del dibujo estaba manchada de sangre. Su padre tiró el cuadro de los encendedores y Marco se inquietó mucho. Tomó una lija gruesa. Le dio un puñetazo en el estómago, lo tomó del cuello y le lijó la cabeza desquiciadamente. Lo soltó. Su padre, atolondrado e incrédulo, se llevó las manos a la cabeza, sintió mojado y con los párpados desaparecidos miró sus manos. Se quedaron pasmados uno frente al otro. Marco se dirigió a la puerta, la abrió e invitó a su padre a irse. Se fue sin decir nada. El dibujo quedó empapado de rojo. •

RUY GUKA es escritor y cuentista. Ha colaborado en números anteriores de *Casa del Tiempo*. Sitio personal: <http://sopascatastroficas.blogspot.com/>